*“****S****olidarios en las alturas de una vida santa, velamos en la noche orando y contemplando, como centinelas de Dios”* (San Antonio de Padua).



Ariccia, 10 de junio del 2021

**De los Escritos de San Antonio**

(Sermón para el IV Domingo después de Pentecostés)

“**S**omos misericordiosos, imitando las grullas, de las cuales se dice que, cuando quieren llegar a un lugar preciso, vuelan muy alto para mejor identificar de un observatorio màs alto el territorio de alcanzar. La grulla experta, que conoce la ruta, precede la manada, sacude la fragilidad del vuelo, la exhorta con la voz; y si la primera grulla pierde la voz o se vuelve ronca, rapidamente otra se hace cargo. Todas cuidan de aquellas cansadas, en modo que si alguna viene meno, todas se unen y colaboran a sostener aquellas cansadas hasta que con el reposo recuperan las fuerzas. Cuando estan en tierra, no es menor la solidaridad. De noche, una de cada diez hace de centinela, gritan si hay algún peligro.

**P**uestos en un observatorio más alto de la vida, también nosotros somos solidarios en las alturas de una vida santa. Preocupémonos por nosotros y por los demás; hagamos de guias a quien no conoce el camino; con la voz de la predicación y con el ejemplo de nuestro celo estimulamos los perezosos y los indolentes; distribuyamos la fatica, porque sin el reposo necesario no se puede durar en el trabajo; cargemos sobre las espaldas los débiles y los enfermos, para que no fracacen en el camino; vigilemos en la noche orando y contemplando, como centinelas de Dios; aferradas a la pobreza, a la humildad, a la amargura de la Pasión del Señor; y rapidamente demos la alarma, si entre nosotros está para introducirse alguna cosa de inmundo; sobretodo, huyamos de la ciega vanidad del mundo”.

Este Sermón de San Antonio no tendría necesidad de comentarios. Es hermosa la imagen de las grullas, cuyo estilo de vida tiene mucho que decir a nuestra existencia.

Como las grullas forman una manada unida y solidaria, asì nosotros somos miembras de la única gran Familia de Dios. No nos salvamos solos, sino solo juntos; no nos convertimos en santos solos, sino viviendo relaciones humanas de proximidad y de amor los unos a los otros.

La misericordia a la cual Antonio nos remite, imitando las grullas, no es pietismo, no es una actitud devota. Es el nivel alto de nuestra “imagen e semejanza” con Dios; es el mejor mandamiento dejado de Jesús: “Sean misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso” (Lc, 36).

Las grullas parecen decirnos que la misericordia es el corazón que se divide ante la necesidad del otro, es compartir la vida, es búsqueda sincera del bien común, es sostener al otro y cuidarlo, es sentirse responsable de indicarles un camino de salvación y de luz.

Sentámonos llamados a hacer cada uno nuestra parte y a actuar juntos para construir en nuestros territorios, en nuestras Iglesias locales la Paz que Jesús nos ha dejado después de Su Resurrección.

Hagamos cuanto se haría en una familia unida cuando sus miembros se ayudan reciprocamente para llegar a la felicidad verdadera de todos y de cada uno. Regalémonos confianza, ejercitémonos en el diálogo, apoyémonos unos a otros en el cansancio, fìsico e interior, para que “cada uno pueda recuperar las fuerzas” (cfr. Sermón de San Antonio). Cada uno de nosotros haga opciones sabias, no dictadas de egoísmo, de miedos y mucho menos de superficialidad.

En Antonio miramos un signo de la Misericordia de Dios: ha tenido una gran pasión por el hombre de no tener temor de arriesgar su vida por el Evangelio y para el bien de tantos hermanos y hermanas, pobres o richos, usureros o personas honestas y generosas. Su palabra ha estado para todos un anuncio eficáz, verdadero, profundo, que ha empujado a la conversión. Si todavía hoy, después de tantos siglos, nutrimos tanta devoción por San Antonio es signo que la santidad es una llamada que atrae.

Su palabra de fuego resuena aún en el corazón de cada uno de nosotros, como una invitación a la renovación del corazón, como una provocación a salir de los estrechos horizontes personales para tener cuidado del bien de muchos. Antonio nos exhorta, todavía hoy, a ser “solidarios en las alturas de una vida santa” (cfr. Sermón de San Antonio), a asumir con valentía, cada uno por su parte, este camino de santificación para el bien de los Pueblos que estamos llamados a amar y servir.

¡No debemos tener miedo de ser sal y luz en esta nuestra amada Tierra!

*“No tener miedo de la santidad. No te quitará fuerzas, vida y alegría. Todo lo contrario, porque llegarás a ser aquello que el Padre ha pensado cuando te ha creado y serás fiel a tu propio ser. Depender de El nos libera de la esclavitud y nos lleva a reconocer nuestra dignidad. Cada cristiano, en la medida en la cual se santifica, se vuelve más fecundo por el mundo. (...) No tener miedo de apuntar siempre en alto, de dejarte amar y liberar de Dios. No tener miedo de dejarte guiar del Espíritu Santo. La santidad no te hace menos humano, porque es el encuentro de tu debilidad con la fuerza de la gracia. En fin, como decia León Bloy, en la vida «no hay más que una tristeza, […] aquella de no ser santos”* (Papa Francisco, Gaudete et exultate*,* 32-34).

La Fiesta de San Antonio nos encuentre disponibles a asumir, con entusiasmo y pasión, el estilo de vida de las grullas: ser, en las alturas de una vida santa, solidarias centinelas de Dios para el bien de la humanidad.

¡En alabanza de Dios!

Sor Tanina Nicolaio

Superiora General